

NOTAS

EL ASEDIO A LA SOCIEDAD DE CONSUMO

Como consecuencia de los disturbios juveniles que, por encima de las fronteras y las diferencias de raza, se producen continuamente en distintas latitudes del mundo a escala universal, ha saltado a la palestra pública una discusión en torno a los defectos, virtudes, y viabilidad de la denominada sociedad de consumo, carácter fundamental de la sociedad sin fronteras.

El tema es importante y se encuentra absolutamente equidistante de cualquier tipo de consideraciones abstractas. La sociedad de consumo somos nosotros mismos; por una parte, el centro más nervioso de nuestra esperanza, y por otra, una fuente de desequilibrios vitales en los que está tomando cuerpo lo que será, o puede ser, la sociedad de mañana.

Partamos de un supuesto inevitable y con dimensiones inéditas: es la primera vez en la historia que el hombre no solamente es el artífice de su presente, sino que es, ha empezado a ser, el protagonista de su propio futuro. La revolución técnico-científica y la aceleración vital de nuestros días nos ha colocado más allá de los concretos límites de nuestra condición de hombres, de nuestras posibilidades como personas. Y otro hecho de no menor importancia: la historia —también es la primera vez que ocurre— se ha escapado de la voluntad artesana del hombre. Y el mundo se nos ha vuelto problema, la sociedad, enigmática; nuestras coordenadas concretas, una situación con difíciles explicaciones. La juventud rebelde que, multitudinariamente considerada, se suele mover por motivaciones instintivas, nos pone sobre la pista de esta realidad. La juventud siente las presiones de su tiempo, se mueve, actúa, orienta sus anhelos de afirmarse por los caminos de la revolución sin sentido y sin explicaciones. Le han llegado y ha pulsado en su propia carne las contradicciones de la sociedad de consumo, un fenómeno que, según parece, se muerde la cola y se configura como un círculo vicioso.

No andan descaminados los que así piensan. Estamos inmersos en un tipo de sociedad que se nos muestra oferente y opulentamente. La riqueza se ha multiplicado; el hombre cruza el espacio a velocidades inimaginables:

nunca hemos tenido a nuestro alcance un repertorio de recursos tan amplios como el actual. Productos y nuevos productos aparecen cada minuto en los distintos mercados del mundo. El hombre los obtiene y goza de ellos. Los utiliza como medios sustanciales de su vida en movimiento. Se trata de un ser aparentemente entronizado como rey y señor de los objetos desprendidos de la producción en masa.

EL HOMBRE, OBJETO CONSUMIDOR

Esta es a grandes rasgos la cara de la moneda. La cruz ha empezado a manifestarse sobre todo, en los países más desarrollados. La cruz está caracterizada porque el hombre mismo ha empezado a convertirse en una pieza más del círculo vicioso. Tiene posibilidades de compra y usa del consumo; pero la creación de nuevos productos y de nuevas y continuas necesidades termina por absorber toda su economía. En realidad, se encuentra como al principio. No invierte su dinero en necesidades naturales. Estas se encuentran cubiertas. Lo que no puede alcanzar es ese techo, siempre creciente, de necesidades artificiales, creadas por el propio sistema de producción que no tiene límite en amplitud y que, por los medios de penetración social, se le han hecho más indispensables que las primeras. Desde la planificación económica, en aparente y simulada libertad, se ha «planificado» su vida hasta el punto de tener absolutamente marcado el repertorio de sus necesidades, el modo de resolverlas y la previsión de las que se le irán creando en la misma cinta sin fin. Uno de los secretos de la situación radica en que el hombre ha empezado a dejar de ser humano para ir convirtiéndose en un instrumento consumidor de la producción.

La sociedad del bienestar crea diariamente nuevos productos de consumo. El hombre, a pesar de su buen nivel adquisitivo, llega un momento en que estrella su economía contra tan monstruosa multiplicación. Lo que, en definitiva, se pone en juego es la viabilidad de la estructura social. La sociedad del confort y del bienestar, tal como está planteada, es un ídolo con los pies de barro. En casi todas las partes del mundo se tambalea en su conjunto en cuanto cualquier conmoción pasajera se plantea abiertamente. Las revueltas estudiantiles y obreras nos han demostrado con creces hasta dónde puede llegar lo que en muchos casos es un mínimo conflicto. La sociedad del confort y del bienestar tiene bastante de mito. Como todo mito, muestra su debilidad en el mismo momento en que otro con más dinamismo social lo empuja y lo pone en cuestión. No nos extrañaría demasiado que se quebrase de pronto o presentara al desnudo sus resquebrajaduras in-

ternas. Porque la estabilidad económica, dependiendo de tales circunstancias, no termina de afirmarse e incluso puede convertirse en una inalcanzable utopía. Dentro de ella se le ofrecen medios al hombre que muy pronto son absorbidos. El optimismo con que no hace mucho veíamos el crecimiento económico está puesto en tela de juicio por los cambios experimentados en el mundo. El capitalismo nos ha demostrado sus grietas. Quiebra cuando reparte la riqueza que ha producido. Pero el socialismo se encuentra en circunstancias similares. Quiebra también cuando se trata de multiplicar los bienes requeridos por una sociedad que ha encontrado en el consumo una finalidad y un sentido de la vida. Y ello, como digo, tanto en los países de estructura capitalista como en aquellos que se han configurado bajo el designio de motivaciones socialistas. Los istmos políticos están perdiendo buena parte de su virtualidad entre el empuje de una época cuyo crecimiento sobre sí misma se encarama en progresiones geométricas. A los líderes y teorizantes políticos se les ha escapado tener en cuenta la velocidad de cambio imprimida al mundo por la aplicación práctica de la tecnología sobre la sociedad y las multitudes.

Por ahora, el hombre ocupa en la transformación operada un lugar secundario. Es, más que sujeto, un objeto de la producción automatizada. A este respecto, recordemos la esclarecedera palabra de Albert Camus: «Los dioses habían condenado a Sísifo (el más sabio y más prudente de los mortales) a arrastrar eternamente una roca hasta la cumbre de una montaña, de donde la piedra volvía a caer por su propio peso. Los dioses habían pensado, con cierta razón, que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza. Así, Sísifo se convirtió en el trabajador inútil del infierno, en el héroe absurdo. El trabajador de hoy trabaja todos los días de su vida, en las mismas tareas, y este destino no es menos absurdo. Pero no es un destino trágico sino en los momentos en que el trabajador se torna consciente. Sísifo, proletario de los dioses, impotente y rebelde, conoce toda la extensión de su miserable estado: en ello piensa durante su descenso desde la cima de la montaña.»

Las complicaciones de la actual sociedad de multitudes están cualificadas por estos caracteres que venimos diseñando. Ya no podemos, sobre todo, escaparnos de la ambivalencia de la producción y el consumo. Es algo nuestro y con difíciles explicaciones partiendo de su bondad o su malicia. Aunque no se trate de esto. El eje del problema radica en cómo vamos a adaptarnos a ella. La misma historia nos ha demostrado hasta la saciedad que el hombre no puede saltar por encima de su propia sombra. La de hoy, la nuestra, es que formamos parte de una gigantesca sociedad que no está hecha a la medida del hombre como persona. Querer destruirla desde unos supuestos

o desde sus contrarios es una taréa que se acerca a la inutilidad. Tal vez lo único que pueda hacerse sea dirigirla y modificarla para eliminar en lo posible las aristas hirientes.

Es preciso objetivar en la mente del hombre la serie de problemas inherentes a la sociedad sin fronteras y de consumo. Nunca se han superado las dificultades sin sentir las alejadas de nosotros. El dominio del hombre sobre el mundo comenzó cuando el primero se sintió una parte segregada del segundo; se supo libre y pudo comenzar a constituir los cimientos de su propia vida. No hay superación sin previo alejamiento y objetivación. Todo lo que constituye una amenaza de impersonalidad para el hombre tiene que ser puesto de manifiesto para operar y que éste opere sobre ello. Si el hombre empieza por no sentirse masa ni parte nula de un proceso de producción, sino persona y elemento indispensable de una gran maquinaria mecánica, estará en la mejor disposición para evitar cualquier tipo de enajenaciones que le acechen. La sociedad de hoy, el proceso productivo o el encarrilado hombre consumidor tienen que verse alejados de la dinámica de sus respectivas situaciones, tener perspectiva crítica para montar desde ella la recuperación de los valores perdidos. Goethe, siempre previsor, ya dijo en su tiempo aquello de «Aprende los prejuicios heredados si quieres poseerlos conscientemente».

De cara a la sociedad de consumo, la solución del problema tiene que venir, además, tanto desde su transformación profunda como desde el hallazgo de un humanismo que la integre y justifique sin intentar eliminarla. Pretender esto último es dar la espalda a la raíz misma de la cuestión. Como la sociedad de multitudes y de consumo hay que contar. Se ha extendido o lo está haciendo por todo el mundo. Recordemos al respecto las palabras de ese práctico pensador yanqui que es R. W. Emerson: «Las naciones han perdido su antigua omnipotencia; el vínculo patriótico ya no se mantiene. Las naciones se están quedando anticuadas, vamos a donde queremos y vivimos donde nos place». O la sentencia de Samuel Johnson: «El patriotismo es el último refugio de los pillos».

AUTOCONQUISTA DEL SIGLO XX

El siglo XX está lanzado a la conquista de sí mismo. Mejor dicho, está retrocediendo ante ese siglo XXI que ya estamos viviendo. El tiempo pasado, con dos guerras mundiales a sus espaldas, una acelerada revolución industrial, superada acusadamente en el campo de la atomística, la aparición de las multitudes como imantadoras de los rumbos de su tiempo y una coéxis-

tencia no tan pacífica como se pretende, entre otros hechos de gran relevancia, han montado los años que nos quedan por recorrer sobre una plataforma que —es lo más probable— tendrá una singular movilidad.

Durante los últimos cincuenta años, el progreso técnico de la humanidad ha estado sometido a un movimiento acelerado que ha superado con creces lo conseguido por la larga andadura de la historia en todo el tiempo que nos ha precedido. El fenómeno, considerado desde una óptica totalizadora, reviste una importancia sin paralelismos posibles. Parece como si la capacidad creadora del hombre se hubiera despertado de repente poniendo en práctica las fuerzas acumuladas en su interior durante milenios. Emoción y misterio, reto y respuesta, la aventura de vivir se ha vuelto inquieta e inquietante para los hombres que estamos doblando la actual esquina del siglo. Los cambios que la condicionan afectan a nuestro bienestar, a nuestro modo de ser y existir, a nuestra superficie y a nuestras zonas profundas, a todas y cada una de las corrientes vitales que nos impulsan. La sensación de cambio que sentimos es una de las principales características de la época. Vista la cuestión partiendo del conjunto de años recorridos, apreciamos inmediatamente la repentina transición operada desde un mundo que estaba al alcance de la mano del hombre, entrañable quizá para su corazón, hasta otro que empieza a desbordar las más fantásticas previsiones. La sociedad moderna —al fin es ella el contorno donde operamos— ha sufrido al mismo tiempo violentas convulsiones. Su propia evolución está transformando las estructuras, tanto políticas como económicas y de convivencia, que la sustentan. Uno de los motores animadores del cambio ha sido la técnica, un hecho esencial e inevitable con el que hay que contar y que ineludiblemente está ligado a nuestra vida, a lo que haya de ser nuestro destino y nuestro futuro.

Tal avance arroja un saldo favorable de conquistas y realizaciones con la consiguiente correspondencia en la sociedad de consumo. Han aumentado las posibilidades humanas en todos los órdenes; aunque junto a zonas opulentas en la riqueza es cierto que existen áreas de miseria —debido fundamentalmente a la situación de pleno liberalismo que rige las relaciones internacionales— no es menos cierto que las ventajas de la técnica están llegando a éstas, siendo de esperar que en el porvenir se produzca una nivelación de rentas más concorde con la justicia.

La técnica es una de nuestras más nobles conquistas, la apropiación por el hombre de un instrumento preciso y precioso para conseguir, en principio, su bienestar. Detrás de tal apropiación está latiendo el tiempo, miles y miles de años jalonados por el esfuerzo, la ilusión, el dolor, esa larga cadena de tentativas esperanzadoras y de fracasos ejemplares en la que se encuentra apretadamente todo el temblor de la historia. Las conquistas técnicas que

nos rodean suponen el comienzo de una culminación existencial donde la humanidad ha de alcanzar sus grados óptimos de desarrollo.

Y, sin embargo, junto a tantas ventajas no dejan de aparecer problemas. Unas y otros constituyen el norte definitorio de nuestra encrucijada. Las antiguas cuestiones han sido superadas en una buena parte, pero ahora nos encontramos con otras que, por revestir formas nuevas en su presentación, nos exigen tratamientos distintos que no acabamos de encontrar. Tal vez los adelantos técnicos hayan seguido un ritmo de crecimiento excesivamente acelerado, dejando olvidadas parcelas de la vida que debían haberles acompañado. Lo que el hombre de las latitudes occidentales siente ahora con mayor intensidad es pequeñez e inadecuación al contorno social donde se desarrolla. No existe esa adaptación hombre-sociedad que ha sido determinante nuestra en la Historia, pese a las evoluciones y revoluciones sociopolíticas llevadas a cabo. El hombre consumidor de la sociedad sin fronteras se siente un extranjero en sus propias tierras. Está desentrañado. Curiosamente, también se siente más libre que el de ninguna época, cuando es un hecho real, diariamente comprobado, que sus alas están sujetas, por lo menos con la misma fuerza, como en cualquier otra época. De ello se desprende su sensación de inseguridad o uno de los perfiles hirientes de su vida, rodeada de libertades extensas pero comprimidas por no encontrar su libertad interior.

El círculo vicioso de la sociedad de consumo que hemos apuntado tiene una parte importante de culpa en esto. Dentro de él se pierde la libertad elemental representada por la superación de las necesidades primarias, cuando todo un mundo de exuberante riqueza tiembla a nuestro paso. No, no está tan clara, en este sentido, la pretendida libertad de millones de hombres, precisamente aquella gran masa de consumidores que han aumentado su nivel cultural y por ello son capaces de sentir con más claridad los problemas de su vida concreta.

La técnica supone, en realidad, una prolongación de nuestras alas hacia el futuro. Comporta, por su propia naturaleza, múltiples problemas y encrucijadas. Así tenía que ser y así es de hecho. Lo que ya no resulta posible es intentar retroceder. El hombre nace con vocación de futuro. Le mantiene en todo momento el futuro, le hace vibrar y le impulsa. Sobre todo en sus proyecciones externas. Lo que hayamos de ser depende enteramente de nosotros.

La sociedad de consumo camina sobre sí misma. De un modo o de otro tiene que orientarse hacia su transformación profunda. En estos momentos la sociedad, como encuadradora y ordenadora de vidas humanas, es, ciertamente, impotente para imponerse una conducta determinada. Se encuentra superada por el crecimiento y, en consecuencia, imposibilitada para conseguir una ordenación jerárquica de valores. De momento empieza a ser peligrosa. El valor

como utilidad, o aprisionado en cualquier parcela concreta, conlleva la subversión inherente a todas las situaciones que toman la parte por el todo.

La transformación de la sociedad de consumo se realizará por la misma transformación de su caudal numérico. Debe producirse un cambio en la mentalidad del Poder, sea intelectual, o político, o económico, o religioso, etc., para tomar conciencia del paso de los hombres desde su condición de masas a la de multitudes. En la segunda no se dan los caracteres negativos que suelen acompañar a la primera. El hombre multitudinario vive en un gran conjunto pero con autonomía propia. Se siente formando parte de una colectividad creciente que no le impide sus aportaciones personales, su progresiva integración en el trabajo de los demás hombres y en la maquinaria desbordante de la producción. Con la «humanización» de la multitud se consigue la humanización de las estructuras sociales. Si se pone el énfasis sobre una caracterización del hombre como masa, sólo puede llegarse a la enajenación individual. El hecho de que el consumo masivo esté condicionado por la producción masiva y no al revés, es una buena prueba de lo que puede conseguirse por este camino. El hombre debe vivir la vida material y espiritual en toda su plenitud sin necesidad de que, solapadamente, se le imponga una planificación económica determinada.

La miseria ha sido superada en las áreas geográficas donde se está implantando la sociedad sin fronteras. De lo que se trata es de que el hombre participe positivamente en la ingente cantidad de riqueza que ha explotado en el mundo. Si formamos parte de una cultura planetaria y mundializada, no sólo debemos padecer sus inconvenientes sino que hay que llegar a una mundializada y planetaria distribución de riqueza, es decir, de los beneficios obtenidos por ese arma de doble filo que es la revolución tecnológica. La jerarquización entre los hombres vendrá impuesta entonces por la función desempeñada y la puesta a punto de los valores de cada cual.

El mundo, bien que con avances y retrocesos, quiere colocar el norte de sus destinos por estos derroteros. Se ha dado cuenta de lo que supone el acceso a la cultura. En todos los sitios está despierto el afán por llegar más lejos en su posesión. Se ha multiplicado el afán de saber y con el paso de muy pocas generaciones, si el miedo nuclear no nos destruye, será posible contar con un hombre nuevo y con las antenas atentas a lo que ocurre a su alrededor. Los pueblos que no cuenten con esto están condenados de antemano a la más absoluta inestabilidad social y política.

ADAPTACIÓN E INTEGRACIÓN

La mundialización que parecía tener escasa consistencia hace unos años empieza a perfilarse ante nosotros en toda su pujanza, arrancando de esta sociedad sin fronteras en cuyos borbotones se presiente un poderoso torrente sanguíneo ansioso por encontrar los cauces adecuados para manifestarse.

La velocidad de los transportes se ha llevado por delante las barreras de separación. A la velocidad de un automóvil sabemos que pasamos de un país a otro cuando los funcionarios de Aduanas nos obligan a seguir padeciendo las molestias de la congestión del tránsito. Desde un avión, es decir, desde una perspectiva de altura, muy pocas personas piensan de verdad dónde están los límites que nos alejan de un país para acercarnos a otro.

Los transportes han desarrollado en amplitud y profundidad las relaciones entre los pueblos y los hombres, han impulsado la economía, han conseguido cambiar la conducta de los grupos sociales. Como tantos otros, un elemento aparentemente desvinculado de lo cultural está incidiendo decisivamente sobre la conducta de los hombres, las organizaciones, los grupos, contribuyendo a englobar en un denominador común lo que siempre había estado asentado sobre la diversidad. Gran parte de las diferencias de usos y costumbres, de supuestos económicos y sociales entre los pueblos se los ha llevado por delante a su misma velocidad el dinamismo de los transportes.

Pensemos en la importancia que tales distinciones han tenido hasta ahora en los conflictos de todo tipo surgidos a su sombra, y estaremos en condiciones de captar en toda su hondura la trascendencia de la revolución operada. La sociedad y la economía, menos en los estados de excepción, informan hasta la raíz los planteamientos políticos, las grandes decisiones nacionales. Al cambiar aquéllas y la mentalidad de los hombres, se ha producido una desnivelación que debe corregirse lo antes posible. La ordenación política cede y, si quiere ser eficaz, no le queda otro remedio que renovarse desde aquellas estructuras que aún conserven su fecundidad. No se puede obviar el fenómeno. Sobre todo si valoramos como merece la importancia que empiezan a tener los nuevos supuestos culturales del hombre. El nacionalismo ha sido desplazado, o lo está siendo, por la intensidad de la revolución tecnológica, el alza del nivel de vida y la llegada masiva del hombre a los diferentes frentes de la cultura.

En el mismo sentido ha sido fundamental la impronta de los nuevos medios de comunicación de masas. Si tenemos una ilimitada capacidad de movimientos para ir de un sitio a otro y comparar los modos de vida, el total despliegue de los medios de comunicación permite desde el propio hogar asumir íntimamente un repertorio de influencias recíprocas de capital renova-

ción para todos. La mentalidad humana, siempre de tan difícil penetración, se convierte en totalmente distinta a la de ayer y está en camino de no parecerse a la de mañana.

Esta serie de supuestos fácticos que estamos examinando se manifiesta por igual en todas las latitudes. Resulta difícil, aunque algún caso concreto parezca desmentirlo, hablar a estas alturas de compartimientos estancos basados en extremismos nacionalistas. Las implantaciones técnicas, por una parte, la facilidad de comunicaciones y los medios de comunicación de masas, por otra, han traído como fundamental consecuencia el establecimiento de una auténtica igualdad de vida entre los pueblos. Las dificultades raciales, sentimentales, económicas y políticas están dando franco paso a una nivelación, ciertamente beneficiosa, entre los pueblos que componen las distintas comunidades. Actitudes ideológicas, hasta no hace mucho irreconciliablemente enfrentadas, presentan fisuras de acercamiento. Y ello, no obstante las posiciones tácticas que puedan representar, está motivado en sus puntos de origen por la marcha del mundo hacia la creación de grandes espacios vitales, sin duda, formas embrionarias del mundialismo. Si de derecho existe en formación una realidad coordinadora entre los pueblos, de hecho se ha producido entre los individuos que los componen.

Renovación. Revolución. Asombro. Tensas expectativas de futuro. Realidades de futuro. Debido a la creciente ascensión de todos los países y a la nivelación igualitaria que se está produciendo, el mundo entero, cualquier país, incluso el más pequeño, puede adquirir la condición de protagonista beligerante de la historia. Las ciencias experimentales, la nueva física y la atomística han cambiado el sentido y el concepto del Poder. El Poder está en manos de la atomística. No menos trascendental es lo ocurrido en el plano del espíritu. La sociedad y el hombre —en la cultura occidental es meridiana la claridad con que se presenta— han sentido sobre sus espaldas el peso de un gran «reto». Pese a lo que digan los pesimistas, una y otro vivían alerta. Y el vivir alerta ante los «retos» vitales ha producido «respuestas» consistentes y vigorosas. La apertura al mundo se ha afianzado por la toma de contacto con problemas universales, una realidad compleja y huidiza que parecía tener su condenación en su propio desbordamiento. No ha sido así. Podemos seguir caminando, aunque flaqueen nuestras fuerzas o la tierra se tambalee bajo nuestros pies cansados.

Los motivos que apuntalan la sociedad sin fronteras no dejan de asaltarnos continuamente. Pensemos en el turismo con toda su especial relevancia en la apertura del hombre a todos los vientos del mundo. Es inevitable contar con él, con sus influencias y enseñanzas, tanto positivas como negativas. Las oleadas turísticas no son un factor incidental animado por la

móda. Están basadas en la movilidad que anima al hombre de nuestras sociedades y a las disposiciones psicológicas dimanantes de su situación. Sin duda alguna, el culto al sol, a las ciudades históricas, al mar, a la naturaleza, no está condenado a la caducidad. Tenemos pruebas suficientes de que estamos ante un hecho afincado en lo más profundo de la humanidad. También en sus deseos más imperiosos: La excesiva culturalización del pensamiento ha determinado una réplica del hombre concreto que le conduce al encuentro con sus realidades primarias. El hombre que, no obstante ser señor de la naturaleza, no puede huir de su condición natural —el fenómeno tiene relevancia al proyectarse sobre las actuales juventudes—, ha vuelto a encontrar en el sol, en el mar, en la tierra y en la Historia las fuentes de su origen y la atracción de nobles e íntimas llamadas espirituales. El turismo, con la tabla rasa que lleva consigo, tiene en esta realidad el impulso inicial de su permanencia. Y no es de esperar que, dadas las características y tendencias tecnológicas del mundo, la atracción vaya a debilitarse.

Los factores nuevos, como vemos, son numerosos y de relevante importancia. El hombre, desatendido casi siempre, es conformado y formado por la presión ejercida desde campos tan diferentes. Si, en principio, está desorientado, no es menos cierto que sensible o insensiblemente, se prepara para conseguir su más eficiente adaptación social. Adaptación inevitable, primer paso para alcanzar su plena integración como persona. El esfuerzo que, sorda y calladamente, está realizando en el marco de la sociedad sin fronteras, sólo es comparable a las grandes gestas de la humanidad.

En tal sentido, cabe considerar los vaivenes que observamos en distintas partes del mundo, significativamente en las más desarrolladas, cuyas bases se encuentran tanto en una réplica a las dificultades de aquella adaptación como en el rechazo de una sociedad oferente en su opulencia y egoísta en sus parcelas para distribuir los bienes y la riqueza.

FERNANDO PONCE